

Mendoza festeja su vino nuevo: las narrativas de la identidad regional en clave de ritual

Laura María Torres

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, CONICET

Instituto Argentino de Investigaciones de las Zonas Áridas, IADIZA

Dirección electrónica: ltorres@lab.cricyt.edu.ar

Torres, Laura María. 2007. "Mendoza festeja su vino nuevo: las narrativas de la identidad regional en clave de ritual". En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Vol. 21 N.º 38, pp. 104-129.

Texto recibido: 26/10/2006; aprobación final: 06/02/2007.

Resumen. El presente trabajo se encamina a analizar los procesos de construcción de las identidades sociales en los niveles regionales. A propósito del cruce entre identidades y territorio, y valiéndose del análisis de un ritual (la Fiesta de la Vendimia, Mendoza, Argentina), el artículo da cuenta de los recuerdos y olvidos estratégicos que emergen en ese particular contexto y se pregunta por los dispositivos que hacen que primen unas —y no otras— versiones sobre las identidades regionales. En este contexto se persiguen dos objetivos: 1) analizar cómo se reinventan y cargan de valor y sentido las identidades regionales —en este caso la de los mendocinos— y 2) analizar cómo se reproduce (reafirma, recrea y sostiene) la "identidad regional imaginada".

Palabras clave: Fiesta de la Vendimia, identidades regionales, rituales, territorio, Mendoza, Argentina.

Abstract. The present study analyzes the processes of social identity formation at the regional level. The linking of identities with territory and the analysis of a traditional ritual (the "Fiesta de la Vendimia" —Wine harvest Festival—, Mendoza, Argentina) offers an account of the strategic memories and forgetfulness triggered in that context, and the question arises as to which factors favor the prevalence of certain regional identities over other versions. In this sense, there are two major objectives: 1) to analyze how regional identities are reinvented and how they are charges with value and meaning, in this case the identity of Mendoza people, and 2) to analyze how that "imagined regional identity" is reproduced (reasserted, recreated and sustained).

Keywords: Wine harvest Festival, regional identities, rituals, territory, Mendoza, Argentine.

Introducción

En su trabajo *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (1991), Benedict Anderson se propone pensar la nación como "comunidad imaginada", punto de inflexión sobre el que luego avanza en considerar a las iden-

tidades sociales emergentes, también, como *identidades imaginadas*. Siguiendo la lógica sugerida por el autor, resulta posible pensar que al interior de la nación cada uno de los territorios que la integran se sostiene en el marco ampliado de aquella comunidad imaginada, pero que en paralelo se define un conjunto de particularidades desde las cuales afirman su propia diferenciación, reinventando entonces una nueva comunidad imaginada, aun cuando de menores dimensiones.

El presente trabajo intenta pensar ese nivel de desagregación en el que se organizan las narrativas por la identidad, es decir, los niveles regionales en tanto construcciones intermedias que se imbrican en la noción de nación pero que, al mismo tiempo, se diferencian de ella. De acuerdo con Bassand (1981: 15), las identidades regionales se presentan como

[...] la imagen distintiva y específica —dotada de normas, modelos, representación, valores, entre otros— que los actores sociales de una región se forjan de sí mismos en el proceso de sus relaciones con otras regiones y colectividades. Esta imagen puede ser más o menos compleja y tener por fundamento un patrimonio pasado presente, un entorno natural valorizado, una historia, una actividad económica específica o, finalmente, una combinación de todos estos elementos.

Las regiones —por definición adscritas a un territorio— compartirían con aquella unidad envolvente algunos caracteres que les permitan sostener una identidad no fracturada que las integra a la nación, pero al mismo tiempo reinventarían otros caracteres, igualmente potentes al momento de conferir identidades desde donde dinamizar procesos de fragmentación de aquella totalidad y, en su reverso, procesos de identidad regional.

El territorio se entiende como aquel espacio en el cual se ha proyectado trabajo humano; un *lugar de relaciones* marcadas por el poder. Los actores son quienes territorializan el espacio, es decir, quienes producen territorio partiendo de esa realidad primera que es el espacio y lo reproducen en reterritorializaciones sucesivas que se valen de ese mismo territorio y que expresan siempre relaciones de poder renovadas (Raffestin, 1981 y 1996; Claval, 1978). El eje central que transita el trabajo está dado por la relación dinámica que se produce entre el territorio y los procesos de identidad social, y que —entre otras dimensiones de la vida social— se cristaliza en las narrativas de las identidades regionales.

Argentina otorga un campo de análisis que resulta interesante para proceder en esa dirección, dado que en su interior y tras un supuesto *ser argentino*, enaltecido como *esencia del ser nacional*, diversas regiones fragmentan la aparente identidad homogénea contenida en la nación. En ese sentido, se analizan las identidades sociales que se expresan en Mendoza, en tanto territorio que, si bien ha realizado importantes esfuerzos por integrarse a la nación, expresa también una identidad regional fuerte sostenida en un supuesto *ser mendocino*.

Los objetivos propuestos en este trabajo son dos: 1) analizar cómo se reinventan y cargan de valor y sentido las identidades regionales —en este caso la de

los mendocinos— y 2) analizar cómo se reproduce (reafirma, recrea y sostiene) esa nueva *identidad regional imaginada* o, en otras palabras, esa ilusión regional de un nosotros no fragmentado. A lo largo del estudio se articulan dos miradas: una que hace historia de algunos procesos críticos en la trayectoria de la provincia, siempre en diálogo y confrontación con la historia nacional, y una segunda preocupada por dar cuentas de cómo esos elementos —que apoyan la emergencia de una identidad regional contrastiva— son luego recreados y reinventados asegurándose así su perdurabilidad. Para desarrollar este segundo eje se recurre al estudio de una fiesta tradicional mendocina, la *Fiesta de la Vendimia*, bajo el supuesto de que se trata de un dispositivo que actualiza, de un modo ritualizado, esta recreación y reinención identitaria permanente, abriendo paso al reforzamiento de un arbitrario naturalizado, sintetizado en la noción *los mendocinos*.

En el marco de los ejes que se transitan, se acuerda con Blázquez en que la nación, en su calidad de comunidad imaginada, “requiere de estrategias que permitan su continua (re)invención” (Blázquez, 1997: 11). Esta noción apoya el supuesto según el cual los mecanismos o estrategias que permiten la reinención de la nación se hallan también presentes en el nivel regional, y que la Fiesta de la Vendimia —y en particular las narrativas que en ella se condensan— se constituye en una línea de análisis posible y tal vez necesaria para el caso de Mendoza.

Las anticipaciones de sentido que subyacen a los objetivos planteados sugieren 1) que en los niveles regionales los procesos de construcción de identidades sociales suponen esfuerzos de diferenciación, al mismo tiempo que la reinención de nuevas homogeneidades, y 2) que un mecanismo de indudable peso a la hora de abonar estas construcciones, tanto en sus olvidos como en sus recuerdos, son los tiempos festivos y rituales. En el caso de Mendoza, estas anticipaciones sugieren que si bien esta provincia se supo adscribir al proyecto de país emergente con la sanción de la Constitución Nacional (1853), fue definiendo en paralelo verdaderas particularidades que, ancladas en el territorio, le permitieron distinguirse para diferenciarse. La Fiesta Nacional de la Vendimia, celebrada año tras año desde mediados del siglo xx, permitirá entonces que esa ilusión de homogeneidad regional expresada en la *identidad de los mendocinos* se reinvente y refuerce con cada nuevo ciclo de cosecha.

Las características del problema de investigación y de los objetivos planteados marcaron las necesidades de recorrer a lo largo del proceso de investigación diversas escales temporales y geográficas y de hilvanar niveles de desagregación sucesivos poniendo en diálogo el pasado con el presente y los niveles regionales con los nacionales. Desde el punto de vista metodológico, se recurrió al uso de metodología cualitativa (Valles, 2000), hecho que supuso poner el acento no en la “medición” de los fenómenos sociales, sino en su descripción densa (Geertz, 1991).

A efecto de historiar la trayectoria de la provincia de Mendoza, se recurrió tanto a la consulta de bibliografía primaria disponible como a la información contenida en fuentes secundarias. A lo largo del recorrido se prestó particular atención al proceso a través del cual se consolida la vitivinicultura en la región. En un segundo momento,

y con el fin de avanzar en el análisis de las identidades sociales y de los dispositivos que aseguran la perdurabilidad de algunas de sus versiones, se recurrió al estudio de la Fiesta de la Vendimia. Para ello se tomó en consideración la información que se desprendía de tres fuentes de datos: en primer lugar, la contenida en la prensa escrita que va desde el año 1936 hasta 2004. En segundo lugar, se analizaron de un modo sistemático los guiones de vendimia de los años 1986, 1987, 1991, 1992, 2000 y 2001,¹ y al interior de ellos se analizaron con particular detenimiento las imágenes y discursos que a propósito de las identidades se manejaban año tras año, así como también el entramado de símbolos que se ponía en escena con oportunidad de la fiesta. Finalmente, se recurrió al análisis minucioso de la fiesta celebrada en 2004, tanto del acto central como de los anteriores que luego culminan en aquel. En ese sentido, se contó con tres cuerpos de observaciones correspondientes a tres instancias de festejos: la ceremonia litúrgica de “bendición de los frutos”, el “carrusel de las reinas” y la “vía blanca de las reinas” y, para terminar, el acto central de la Fiesta de la Vendimia. Si bien el planteamiento general del trabajo se orienta a repasar la trayectoria histórica que transita la región, el análisis de los guiones y fiesta de la vendimia centra su atención en los años que cursan entre fines del siglo xx y principios del xxi. Este periodo temporal pone en evidencia un singular quiebre centenario que, como se verá luego, encuentra a la región frente a la necesidad de reconvertirse hacia la “nueva vitivinicultura”, integrando a contraluz imágenes que le permitan mantener lo viejo y tradicional en un contexto de cambios acelerados.

Mendoza: su dinámica en el marco de la región y la nación

Desde el momento de su fundación (1561), pero en especial a partir de la sanción de la Constitución Nacional (1853), la provincia de Mendoza intentó quedar enlazada a la nación que la contenía, promoviendo en paralelo que ciertos atributos definidos como propios y distintivos (humanos, productivos o geográficos) se constituyesen en sus *marcas de identidad*. En Mendoza los procesos de integración/diferenciación y, más allá, las narrativas de las identidades sociales, se hallan indisolublemente ligadas a su vida productiva y se despliegan a lo largo de su historia. De hecho, esta provincia es la zona vitivinícola más importante del país y de América Latina, y la quinta en el ámbito mundial (Lacoste, 2004). Su clima desértico, de alta heliofanía, y la riqueza de sus suelos hacen de ella un escenario óptimo para este tipo de cultivos.

Si bien no constituye una falacia afirmar que, como actividad dominante, la vitivinicultura se consolida en la región hacia fines del siglo xviii (Montaña, 2003),

1 El acceso a esos guiones se vio favorecido porque habían sido compilados por el gobierno de Mendoza en una publicación que compendia guiones producidos entre 1967 y 2001. Los títulos de las vendimias analizadas fueron “Raza de cepas” (1986), “Mendoza, madre de vendimias” (1987), “Vendimia del hombre más el hombre” (1991), “La esfera del tiempo” (1992), “Mendoza, tierra del vino” (2000) y “Brindis del nuevo siglo” (2001).

sus orígenes y trayectoria son mucho más largos en el tiempo. Las primeras cepas de vides se introdujeron en la región a mediados del siglo xvi, en forma coincidente con los primeros asentamientos españoles (Lacoste, 2004). Según la misma fuente, las primeras bodegas y viñedos datan de fines del siglo xvi y principios del xvii, tiempos en los que ya alcanzan dimensiones considerables al punto de permitir tempranos excedentes que abren la posibilidad de explorar mercados consumidores por fuera de la región. En una etapa que recibe el nombre de “vitivinicultura criolla” y bordeando el siglo xvii, Mendoza comercializaba vinos, alcoholes y aguardientes en los mercados de Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires, extendiéndose hasta los de la gobernación de Paraguay poco después de 1624: “pesadas carretas o bien tropas de mulas conducidas por arrieros, se ocupaban de trasladar el vino en odres de cuero o botijas de cerámica protegidas con totora. De esta forma atravesaban los mil kilómetros de camino entre Cuyo y el Litoral para trasladar el vino” (Lacoste, 2004: 71). En la centuria posterior, esta tendencia se consolida y sitúa definitivamente a la región como una potencia vitivinícola (Prieto y Abraham, 1993-1994).

Dado que en sus orígenes, y hasta 1776,² Mendoza fue la cabeza administrativa del corregimiento de Cuyo y que su dependencia política era la Capitanía General de Chile (Lacoste, 2004: 20), la región y, particularmente la actividad vitivinícola, mantuvieron estrechos lazos con el país trasandino. Si bien estos lazos se van modificando con el correr del tiempo, hacia el siglo xviii se visibilizan en el hecho de que Mendoza se integra a la cuenca vitivinícola de los Andes Centrales: “en Mendoza se hacía vino chileno y como tal se vendía en las pulperías de Buenos Aires, para diferenciarlo de los caldos elaborados en el área rioplatense, a partir de uva chinche de bajísima calidad. Por tanto, los empresarios mendocinos reivindicaron su identidad chilena para ganar prestigio de calidad en los mercados externos, ya en el siglo xviii” (Lacoste, 2004: 68-69).

Sin embargo, aun cuando la vitivinicultura ha sido una producción e industria que tempranamente distinguió a esta región y cuando en la actualidad abona la idea de una Mendoza como *país del vino*, durante los siglos xvi, xvii y xviii coexistió subordinada a la actividad ganadera y agrícola (Richard Jorba, 1998 y 2003). Entre los siglos xvii y xviii, la economía mendocina se apoyaba en cuatro pilares básicos: la producción de vinos, el engorde de ganado y el transporte y comercio de ambos (Lacoste, 2004). Mientras —como se señaló— sus vinos se comercializaban en el mercado interno, el ganado tenía a Chile por destino.

A propósito de esta actividad, Mendoza aprovechó la estrecha relación que la unía al país trasandino y su ubicación estratégica como zona de frontera, para proveer a estos mercados de productos ganaderos. En el marco de una estrategia productiva

2 En ese año se funda el Virreinato del Río de la Plata y se integra Mendoza a la Intendencia de Córdoba del Tucumán, desalentándose la vinculación Lima-Santiago de Chile y favoreciéndose la de Córdoba-Buenos Aires.

de invernada, disponía de campos de pastoreo en sus llanuras y piedemontes que aseguraban el engorde del ganado antes de enfrentar el cruce de la cordillera de los Andes.³ Esta modalidad se completaba con las características que asumía la producción agrícola, integrada de alfalfa (80%), cereales y viñas (Richard Jorba, 1994). El círculo productivo se completaba con una destacada actividad molinera que no solo proveía de harina de trigo para el consumo de la población sino que permitía que, de su comercio con el interior del país, Mendoza se proveyera del ganado necesario para responder a las demandas chilenas (Richard Jorba, 2003).

Como consecuencia, ya a fines del siglo xvii confluían en Mendoza dos circuitos comerciales. Uno interregional, en el marco del cual se vendían a Chile vino, algunos productos agrícolas y ganado, y se importaban artículos no producidos en Mendoza. Y otro circuito local que se realizaba en carretas, en el que se vendían productos de la tierra, así como la importación en Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba de vino, trigo, pasas y otras frutas secas: “Mendoza se convirtió en el centro de una inmensa red de relaciones que no se limitaba solo al tráfico del Atlántico a la cordillera, sino que se extendía a Santiago y Valparaíso” (Prieto, Dussel y Pelagatti, 2004: 75).

La actividad ganadera permite el ascenso y consolidación de una primera élite local, conocida como los “señores del ganado” (Prieto, Dussel y Pelagatti, 2004: 67). Se trataba, básicamente, de una red de familias de raigambre colonial, emparentadas entre sí, que se sucedían unas a otras en el cabildo y que se hallaban unidas por intereses económicos (Prieto, Dussel y Pelagatti, 2004; Gago, 2004).⁴ Las estrechas relaciones con Chile y la idea según la cual la integración Mendoza-Santiago-Valparaíso era independiente de los límites políticos (Richard Jorba, 2003) se resquebraja al promediar el año 1870, dada la concurrencia de una serie de factores, como resultado de los cuales la actividad ganadera entra en una lenta pero definitiva, crisis.

En el plano interno, la organización del Estado Nación (iniciada con la sanción de la Constitución Nacional en 1853) define un proyecto de país que suelda la idea de desarrollo a la pampa húmeda y consolida un entramado de estrategias económicas centradas en la exportación de productos ganaderos (en especial carnes y cueros) a los centros de consumo europeo. La pampa húmeda, Buenos Aires y su puerto son los ejes sobre los que pivota el modelo, mientras las restantes zonas del

3 Antes de la llegada del ferrocarril (1885), el comercio de ganado se realizaba a pie, modalidad que por ser autotransportada aseguraba que los productos llegasen a destino en buen estado (Montaña, 2003).

4 Entre otros factores, la centralidad que en la época muestra la actividad ganadera se explica por el peso que en la región tuvieron las leyes borbónicas que se suceden con el reinado de Carlos iii. Si, de un lado, con ellas Mendoza pasa a depender del Virreinato del Río de la Plata (1776), de otro tienen un fuerte impacto a nivel económico dado que sus disposiciones de libre comercio (1778) protegían la industria española, limitando los productos coloniales que pudiesen competir con aquellos. La vitivinicultura y la fruticultura entran en ese marco de restricciones, dando por resultado un vuelco de la oligarquía a la actividad ganadera y al cultivo de trigo (Satlari, 2004).

país comienzan a funcionar, en el mejor de los casos, como satélites de ese centro. El avance del ferrocarril hacia el este y norte del país, la consiguiente unificación del mercado interno (Richard Jorba, 2003) y fundamentalmente, las mejoras que implica para el traslado de los productos, hacen que pierdan sentido los campos de pastoreo de altura, pretéritos bastiones de la ganadería mendocina. Por su parte, el desarrollo cerealero pampeano impone nuevas dificultades para vender la harina mendocina en los mercados del Este y crea obstáculos a la provisión de ganado para nutrir el comercio con Chile. Sumado a ello, la opción de Buenos Aires por el mercado internacional profundiza la mengua en las disponibilidades ganaderas para sostener los requerimientos de Chile a Mendoza.

En el plano externo la región se vio impactada por la crisis internacional de 1873: “la crisis internacional de 1873 comenzó a impactar en la región y en Chile a mediados de la década, aunque las exportaciones de ganado registraban menor rentabilidad desde 1872, por la desvalorización del peso chileno. La posterior inconvertibilidad de esa moneda, decretada en 1878, redujo las ventas al país vecino y la moneda fuerte, imprescindible para las compras en el litoral, se hacía cada vez más escasa” (Richard Jorba, 2003: 290). Se suma una creciente tensión en las relaciones internacionales entre ambos países, dados los conflictos que se registran por problemas limítrofes (Campi y Richard Jorba, 2004) y, terminando de agravar el panorama, en Argentina se crea la moneda nacional (1881) que implicó la definitiva devaluación del peso chileno (Richard Jorba, 2003).

La actividad ganadera, finalmente sitiada, revitaliza las pretéritas opciones mendocinas por la vitivinicultura. A diferencia de aquella, que entraba en franca competencia con el área rioplatense (aventajada por sus excepcionales condiciones naturales y su vocación portuaria), la vitivinicultura permitía aprovechar las condiciones naturales de Mendoza y evitar competidores en el plano nacional (Campi y Richard Jorba, 2004). De un modo concurrente, el momento en que Mendoza se halla surcando la bisagra entre una y otra actividad resulta coincidente con el ingreso al país de un importante número de inmigrantes de ultramar que terminan por aportar no solo renovados brazos para la actividad, sino también conocimientos y algunos pequeños capitales (Montaña, 2003). En palabras de Romagnoli (1997: 54),

[...] después de la llegada del ferrocarril, la velocidad de expansión del viñedo, acompañada por el arribo de inmigrantes mediterráneos, incide notablemente en los cambios espaciales y económicos de Mendoza. La sustitución progresiva de la economía mixta (alfalfa para engorde mezclada con viña, cereales, servicios) significa la adopción de un modelo que, se sabe, esencialmente asocia la transformación de la vid con la venta del vino común en el mercado nacional.

Adosados a los nuevos rumbos que hacia fines del siglo XIX y principios del XX toma Argentina, en el plano cultural se vigoriza la idea según la cual el progreso era inalcanzable con la disponibilidad de razas por entonces existentes. De un modo coherente, se apuesta por la introducción de aquellas “razas” que hicieran posible el

progreso, en el convencimiento de que los inmigrantes aportarían “ciencia, capital y brazos” (Richard Jorba, 2004: 117). Mendoza se constituye, entonces, en lugar de recepción de gran cantidad de inmigrantes, en especial italianos y españoles (Martín, 1992). Los contingentes migratorios que cruzaron el océano hallaron un medio económico y social que apostaba por la producción de vinos y que prometía favorecer procesos de movilidad social ascendente. Años más tarde, estos se vieron asegurados por las facilidades que estos grupos tuvieron para acceder a la propiedad de la tierra (Salvatore, 1986) y por alianzas estratégicas con las familias oligárquicas que les permitieron sumar capital social y económico (Bragoni, 1999).

La oligarquía local, el Estado provincial y los inmigrantes de ultramar se constituirán, entonces, en los actores centrales de lo que algunos autores denominan *modelo vitivinícola tradicional* (Montaña, 2003), etapa caracterizada por la ampliación de la red de riego, la expansión de la frontera agraria a favor del cultivo de vides,⁵ el crecimiento exponencial en la construcción de bodegas y la orientación de la producción hacia los vinos comunes con destino hacia el mercado interno. El impacto de la inmigración en la vitivinicultura fue significativo: en 1910, el 77% de los propietarios de bodegas eran extranjeros (44% italianos, 13,6 españoles y 6 franceses), mientras que los propietarios argentinos representaban un magro 18,2% (Martín, 1992). Sumado a ello, si es indudable la significación cuantitativa del grupo, no menos importantes fueron las trazas simbólicas que acompañaron este proceso de territorialización. Progresivamente, los migrantes europeos se constituyeron en los principales protagonistas de la imagen de Mendoza y en los indiscutidos poseedores de los valores del *trabajo* y del *esfuerzo personal*.

Aún así, esta etapa no estuvo libre de conflictos. Sucesivas crisis sacudieron al sector y convocaron cambios de rumbo a mitad de camino que hacen definitiva eclosión hacia 1970.⁶ En esos años, el mercado de vinos comunes resultaba amenazado por los cambios en los hábitos de consumo de la población y las medidas estatales coyunturales —quizá útiles años atrás— no resultaban ya suficientes.⁷ La alternativa exportadora no aparecía por su parte como viable, dado que los caldos

5 Los viñedos mendocinos crecieron 945% entre 1888 y 1914 (Richard Jorba, 2004: 117).

6 No menos importante, aunque no definitiva, fue la crisis que vivió el sector en el año 1930, consecuencia de la Gran Depresión económica mundial. Esta crisis se tradujo en una drástica caída en los niveles de consumo de vino, favorecida a su vez por la caída general de las exportaciones y el cierre de un importante número de fuentes de trabajo (Lacoste, 2004). Aún así, el sector logró reponerse de la mano de una serie de políticas estatales de corte intervencionista, que promovieron la mejora en la calidad de los productos. Se reemplazó una considerable cantidad de cepas criollas —de alto rendimiento pero baja calidad— por uva francesa (en especial Malbec) de menor rendimiento pero mayor calidad: “la reconversión alcanzó niveles notables: en 1940 el 80% de las viñas de Mendoza eran de uva francesa” (Lacoste, 2004: 90-91)

7 Entre otros, la ampliación de la capacidad de almacenamiento en espera de mejores precios, o los créditos y subsidios (Montaña, 2003; Montaña et al., 2005).

regionales —de baja calidad— no eran requeridos en el mercado internacional, y a ello se sumaba una muy pobre trayectoria a la hora de ganar nuevos mercados. Se impone entonces la necesidad de reconvertir la economía provincial, tanto mediante la reconversión de la vitivinicultura en sí misma como a través de su diversificación por fuera de su actividad emblemática (Montaña, 2003).

Hacia fines del siglo xx, el modelo se reconvierte hacia la denominada *nueva vitivinicultura*, una actividad capital intensiva en la que material genético seleccionado y modernas tecnologías de riego y cultivo se aplican a la producción de vinos de alta calidad que se destinan al mercado internacional. El nuevo modelo incidirá de modo diferencial en los productores: consolidará el ascenso de aquellos que pudieron invertir para reconvertirse, significará la quiebra de aquellos que —endeudados— no lo lograron y atraerá la instalación de capitales foráneos que, en su mayoría, promoverán una nueva ampliación de la frontera agrícola en busca de las zonas de mejores condiciones agro-ecológicas. Aún así, el mejoramiento de la calidad de los productos locales era una condición indispensable pero no suficiente, y era necesario sumar marcas, imágenes y valores que, apoyadas en la noción de “terruño”, acentuaran su particular procedencia, distinguiéndolos de los productos que se elaboraban en otras regiones del mundo (vinos de Australia, Chile o EE. UU.).

En este contexto, el proceso iniciado por Mendoza siglos atrás se profundiza hacia el siglo xxi en dos sentidos. Por un lado, consolidando su posición como productora de vinos, pero ahora de *alta calidad enológica* (Montaña, 2003; Bocco, 2003) y, por otro, enfatizando, poniendo en valor y recreando esas particulares marcas que distinguen a la región y a sus productos de los restantes. La identidad regional que entonces cobra fuerza y que en la actualidad aporta contenidos al *marketing* vitivinícola, recupera narrativas de la identidad profundamente enraizadas en la región, que integran dentro en un mismo haz significativo a su industria madre (la vitivinicultura), sus productos (el vino), sus inagotables y valiosos recursos naturales, el aporte tesonero de la inmigración y la cultura del agua y del trabajo que también introdujeron los inmigrantes. En suma, “Mendoza es el país del vino [...] La vitivinicultura constituye el elemento en el cual se desenvuelve la vida política, social y cultural de Mendoza. Es como el líquido amniótico de la provincia. Mendoza vive como sumergida en este elemento, como el ave en el aire y el pez en el agua. La cultura del vino lo impregna todo en Mendoza. El paisaje vitivinícola es la clave de la historia de esta provincia” (Lacoste, 2004: 59)

Cabe sin embargo advertir que este *ser mendocino*, homogéneo desde las imágenes que promueven estas narrativas, no se halla libre de tensiones y que, contrariamente, implica constantes esfuerzos de recrear y naturalizar esta ilusión. El conflicto (o más precisamente su recurrente enmascaramiento) es tan consustancial a esta identidad como lo es la afirmación y exaltación de lo que se consideran sus *mejores y más importantes* características *distintivas*. En este sentido, son interesantes los señalamientos de Comas D’Argemir respecto a que “enfatizar lo que se

comparte y no lo que fragmenta, por mucho que quede subsumida, implica dar una imagen incompleta e idealizada del sistema social” (1998: 38).

Al filo de estas consideraciones y en apoyo a la tesis según la cual la identidad regional que de la vitivinicultura se desprende es una de las tantas versiones de una identidad regional más compleja y al mismo tiempo fragmentaria —más conflictiva pero también más rica—, resulta interesante valorar, por ejemplo, que la vitivinicultura se desarrolla sólo en el 3% del territorio provincial; que de la “cultura del agua” quedan marginadas cerca del 97% de las tierras de la provincia que permanecen sin riego y sin posibilidades de insertarse en ese modelo de desarrollo; que estas tierras marginales no se constituyen en tales por sus características físicas, sino por la desigual distribución de aguas y riquezas que se realiza en el ámbito provincial (Torres et al., 2005); que en las tierras de secano (invisibles para el *ser mendocino*) viven poblaciones indígenas que resultan tan invisibles como el desierto mismo y, finalmente, que los primeros vitivinicultores de Mendoza no fueron los inmigrantes europeos sino los colonizadores y luego los criollos de Mendoza, en una íntima asociación con los cuyanos cisandinos (Lacoste, 2004),⁸ proceso este que luego termina de completarse con otros tantos migrantes, no solo de ultramar, sino de países limítrofes que, aun cuando desde la subalternidad, han dejado impresos sus aportes en el territorio y en la cultura regional.

Finalmente, y en el marco de estos breves pero necesarios recorridos, la identidad de los mendocinos parece cobrar entidad a partir de su articulación con un *mito de origen*⁹ que, por definición, implica poner en valor una versión de la historia no exenta de recuerdos y olvidos estratégicos, de zonas visibles e invisibles, de actores presentes y de otros ausentes. Ahora bien, no debe omitirse que la rememoración cíclica es consustancial al mito. Por ello se intenta pensar la Fiesta de la Vendimia como un ritual secular (Moore y Myerhoff, 1977) que viabiliza el recuerdo cíclico de esta narrativa, sobre el que luego se fundan y refuerzan los procesos de identidad regional. Año tras año, en el mes de marzo y celebrando el cierre de un ciclo agrario y la exitosa (aunque a veces no tanto) cosecha de las vides, esta fiesta parece reiterar que, de la mano de los migrantes, el desértico suelo mendocino se va transformando en un vergel; una transformación posible no solo gracias al racional uso de los recursos hídricos cordilleranos sino también, y fundamentalmente, dada la “mezcla de razas” que introdujeron los migrantes europeos.

8 “La pertenencia de Mendoza a la comunidad mayor de elaboración de vino chileno, le permitió incorporarse a una dinámica de innovación y mejoramiento de técnicas. En este sentido, entre los siglos XVI y XVIII, los fuertes lazos de los chilenos cisandinos (Valle Central) con los chilenos trasandinos (Cuyo) les permitió desarrollar mejoras que han sido hasta ahora poco valoradas por los historiadores” (Lacoste, 2004: 69)

9 Según Lemoire (1987), los mitos de origen pertenecen a una clase particular relativa al origen del hombre en sociedad, ya sea que se trate de explicar la formación de un grupo o que se desee aportar una razón seudohistórica a la elección de tal o cual contrato social (en Lebedinsky, 1996: 50).

Tiempos de vendimia, tiempos de ritual

De acuerdo con Hobsbawn, los rituales seculares buscan “inculcar ciertos valores y normas de comportamiento a través de la repetición, lo que implica automáticamente una continuidad con el pasado” (en Blázquez, 1997: 11). Por otra parte, según Moore y Myerhoff, “es posible analizar las formas a través de las cuales las ceremonias y rituales son usados en la secular vida moderna ya sea para dar autoridad y legitimidad a las posiciones de algunas personas, organizaciones, ocasiones, valoraciones morales y formas de ver el mundo” (1977: 3-4). A partir de esta perspectiva teórica, y tal como se ha señalado, el trabajo busca analizar la Fiesta de la Vendimia al modo de un ritual secular que operaría como instrumento capaz de asegurar continuidad con el pasado, apoyando desde allí aquella construcción regional de la identidad a la que se hacía alusión en páginas anteriores.

Sobreimpreso al concepto que Bassand aporta sobre las identidades regionales, resultan interesantes los señalamientos de Aguado y Portal (1991), en especial cuando observan que la identidad debe entenderse como “proceso de identificaciones históricamente apropiadas que le confieren sentido a un grupo social y le dan estructura significativa para asumirse como unidad” (33). Desde la perspectiva que asumen estos autores, la identidad se organiza a partir de una dimensión ideológica, entendida como “espacio ordenador [...] que tanto tamiza las experiencias colectivas e individuales” (32). Existen entonces niveles de identidad social que recorren desde lo nacional hasta diversas particularidades grupales y que, en última instancia, explican que se pueda ser, por ejemplo, argentino al tiempo que joven, obrero y socialista. Pero hay otro elemento central en esta escena; los procesos de identificación social se convierten en procesos ideológicos¹⁰ en la medida en que una misma identificación se convierte en *evidente*, siendo estas evidencias las que se recrean y reproducen socialmente hasta darse por ciertas. Estos autores otorgan interesantes pistas para pensar el papel que los rituales desempeñan en los procesos de identidad social. Es justamente en los múltiples fragmentos de la memoria social donde se acumulan los diversos y heterogéneos recuerdos grupales que serán referentes de identidad. Sin embargo, dado que entre el suceso y su significación se abre una brecha, se torna necesario que la distancia sea atada de generación en generación, y lo es mediante el uso de dispositivos que permiten asegurar y reproducir la continuidad con el pasado. La experiencia, los mitos, la tradición oral, la historia oral y escrita y, finalmente, los rituales, son algunos de los procesos que colaboran en esta dirección. Cabe sin

10 De acuerdo con esta perspectiva, la *ideología* no refiere a una práctica social sino a un nivel de ordenación de todas las prácticas sociales: “la ideología representa un instrumento para el tamiz de la experiencia, que permite configurar las identidades colectivas, lo que la constituye como una mediación entre la historia y la cultura: el lugar donde se ordenan ambas” (De Ipola en Aguado y Portal, 1991: 34).

embargo advertir que esa atadura no será nunca la única posible y que, contrariamente, “las coyunturas de acciones y los acontecimientos particulares se pueden ordenar de diversas maneras, a partir de intereses o proyectos específicos” (32). Por ello, se tratará de una atadura contingente que permanece íntimamente ligada a la ideología, siendo así una parcialidad de recuerdos y olvidos inscritos en relaciones de poder.

En este punto resulta interesante el señalamiento de Oliven en relación con que “la cuestión no gira en torno a saber si una creencia corresponde a algún tipo de realidad fáctica, sino en analizar por qué, aun sabiendo que ella está en oposición a los hechos, existen grupos que creen en ella” (1999: 26).

Estos posicionamientos teóricos sugieren, finalmente, que la “Fiesta de la Vendimia”, en su carácter de ritual secular, promueve la cíclica recreación de un mito de origen, por definición integrado por recuerdos, olvidos y ataduras que exaltan una identidad mendocina homogénea y no fisurada. En esta construcción mítica del pasado no dejan de estar ausentes otras tantas parcialidades posibles, situación que a contraluz abre la posibilidad no solo de reforzar una versión de la memoria social sino también un determinado ordenamiento ideológico, económico y cultural. Por carácter transitivo, en el contexto festivo dado por las celebraciones de cada vendimia se reitera la invisibilización de algunas microrregiones provinciales, la subordinación económica de algunos grupos sociales y la subalternización de algunas expresiones socioculturales.

La Fiesta de la Vendimia

El ciclo agrario de las vides comienza con los primeros fríos intensos del invierno, cuando se efectúa la poda y atadura, y finaliza con la cosecha y vendimia, cuando el verano termina hacia el mes de marzo.

En sus orígenes rurales la vendimia parece ser una fiesta colectiva en la que se celebra y agradece el cierre del ciclo agrario. De acuerdo con Marchionni (2005), sus orígenes en Mendoza se remontan probablemente al siglo XVII, dado que la vitivinicultura se inicia en la región hacia 1632. Se festejaba en la intimidad de las hileras, donde los trabajadores celebraban tocando la guitarra, entonando cuecas y gatos cuyanos y bailando en medio de las fincas. Cuando la fiesta iba llegando a su fin, una vendimiadora era coronada con uvas (Santos de Paula, 1990: 17). En el año 1913 la vendimia se festeja por primera vez fuera de esta intimidad rural. Junto a la élite local, gana las calles del centro de Mendoza como actividad de cierre de un congreso de la industria y el comercio, que finalizó con un desfile de vendimiadores y carrozas alegóricas. Sin embargo, es recién en el año 1936 cuando la vendimia se celebra por primera vez con una estructura similar a la actual.

En el presente, la Fiesta de la Vendimia tiene una estructura tripartita, dado que la integran tres grandes secuencias de acción que se desarrollan, todas, durante una misma semana de festejos, en el mes de marzo. Los festejos vendimiales abren con la bendición de los frutos, siguen con la recorrida de corzos de carros y cierran

con un gran acto artístico que se celebra el primer sábado del mes de marzo. Antes de esa semana de festejos que se centralizan en la capital provincial, cada uno de los dieciocho departamentos que integran la provincia de Mendoza ha realizado sus festejos vendimiales: ha hecho una fiesta, algunas veces ha realizado un desfile de carros y todos han elegido su reina. Aun antes, cada uno de los distritos que integran los distintos departamentos provinciales repitieron una secuencia similar pero simplificada, y en su mayoría realizaron pequeñas fiestas y eligieron representantes al trono.

Entre los festejos que se centralizan en la ciudad de Mendoza, la bendición de los frutos es el acto con el que se realiza la apertura de la vendimia. Instituida por primera vez en 1938 bajo el nombre de “bendición de la cosecha”, esta celebración consiste en un acto litúrgico en el que se ofrecen los frutos a Dios, tal como en la tradición bíblica lo hizo Moisés (Vejling, 2005). Desde entonces se realiza tres días antes del acto central y es presidida por el obispo de Mendoza. A los elementos propios del catolicismo se suman otros íntimamente vinculados con la vendimia: sobresalen la imagen de Nuestra Señora de la Carrodilla que, junto a la cruz, recibe los mayores honores, gran cantidad de frutas y verduras aportadas por los productores que son bendecidos en el acto y, finalmente, el *toque de reja* que Navarrete (2002: 298) describe del siguiente modo:

[...] antiguamente, el toque de reja reemplazaba al tañido de una campana o al ulular más reciente de una sirena, para llamar al descanso del mediodía y del atardecer. Los labradores volvían con los frutos que la tierra les ofrecía y con la satisfacción de una jornada provechosa. Tocada a rebato en opuestas circunstancias convocaba a todos para protegerse del granizo u otras calamidades que imprevisiblemente acechan al campesino. En la Bendición de los Frutos es el gobernador quien da tres golpes a la reja representando al capataz o contratista. Los actores, que corporizan a los labriegos, llegan con paso cansino portando las herramientas y frutos que serán luego bendecidos por el Obispo de Mendoza.

También integran el cuadro las candidatas al reinado nacional y la reina en funciones. Esta última es quien, “tomando la voz del pueblo”, se dirige en súplicas a la virgen —“patrona celestial de los viñedos”— en representación de todos los mendocinos.¹¹

A la noche siguiente y en la mañana que le sigue —en cuya noche se desarrollará el acto central— se repite con pequeñas modificaciones un mismo evento: el corzo de las reinas. Las candidatas departamentales pasean por el centro de la ciudad en un carro alegórico. En los días previos a la celebración se ha fijado un

11 Con relación a la bendición de los frutos, Marchionni señala: “comparativamente a lo ocurrido en otras regiones de Latinoamérica, el Estado y la Iglesia como principales instituciones facultadas para conservar y promover sus propias proyecciones ideológicas se apropiaron de manera coherente de ese espacio ocupado por los festejos populares, lo transfiguraron y lo regresaron al pueblo con un plus de sentido” (2005: 5).

circuito por las calles del centro de Mendoza, y la noche del primer viernes de marzo comienza su habitual recorrido por la ciudad la vía blanca de las reinas.¹² A ambos lados de las calles, turistas y mendocinos se agolpan para ver a las reinas y recibir los obsequios que, tanto ellas como sus cortes, entregan desde los carros. Diversas frutas, pero particularmente uvas y productos que se erigen en *marcas de identidad*, son literalmente arrojados por reinas y princesas desde lo alto de los carros a su paso por las calles.

En general, los recursos con que se adornan los carros guardan alguna relación con el eje argumental que siguieron las respectivas fiestas departamentales. A modo de ejemplo, mientras en el año 2004 la fiesta del departamento de Lavalle se denominó “Agua: reflejos de vida”, el carro alegórico presentaba una barca con un mascarón de proa que simbolizaba a un huarpe transformado en agua, sobre cuyas espaldas se abría el desierto. Y dado que a la producción de vides en ese departamento se suma una importante producción de melones y sandías, las princesas y reina obsequiaban estos frutos, junto a uvas y botellas de vino. En ese año, del mismo modo que Lavalle ponía en valor su producción de melones, sandías y vinos, Tunuyán regalaba manzanas y Malargüe chocolates; todos obsequian uvas (aún cuando algunos departamentos no poseen viñedos) y gran parte de ellos entregaba botellas de vino.

A la mañana del día siguiente y bajo el nombre de “carrusel de las reinas”, el recorrido de los carros se reitera pero ganando extensión, por la suma de todos los actores sociales que se hallan comprometidos con los festejos vendimiales. Se destacan las asociaciones tradicionalistas que recorren la ciudad a caballo, carros de colectividades extranjeras asentadas en Mendoza¹³ y otros que presentan a las reinas de otros circuitos productivos¹⁴ e, incluso, grupos de bastoneras.

Finalmente, en la noche del sábado se lleva a cabo el acto central de los festejos vendimiales. El lugar del encuentro es un gran teatro griego, con capacidad para albergar 20.000 personas, ubicado sobre las últimas ondulaciones del piedemonte mendocino. En el año 2004 las entradas tuvieron precios que iban desde los 10 a los \$50,¹⁵ y varios días antes estaban agotadas. Las de más valor habían sido adquiridas por bodegas de Mendoza y por empresas de turismo.¹⁶ Dado que el teatro se halla emplazado en el centro de un cajón de cerros, es posible apreciar la fiesta desde sus laderas. Los *cerros*, como habitualmente se los conoce, son el lugar de acceso

12 La vía blanca de las reinas data del año 1940. Su nombre proviene de la utilización de una profusa iluminación blanca, mediante la cual se la distinguía de los corzos de carnaval (*Libro de Oro de la Vendimia 1936-1986*, 1986)

13 En el año 2004 se destacaban, por ejemplo, la colectividad vasca y la boliviana.

14 Entre otras, se hallan presentes las reinas de la flor, la yerba mate, la ganadería, el mar, el chivo y la nieve.

15 \$3,05 = US\$1.

16 Para la semana de vendimia la capacidad hotelera de Mendoza se hallaba literalmente colapsada.

gratuito que todos los años se colma de aquellos mendocinos que no pueden pagar una entrada.

La apertura del acto central se realiza con fuegos artificiales y una bomba de estruendo, para luego dar paso a la marcha vendimial. “Mendoza”,¹⁷ tal como se denomina la marcha, nombra a cada uno de los departamentos que integran la provincia, al tiempo que pone en valor algunas de las características que se condensan en la imagen que la región proyecta de sí. A modo de ejemplo, una de sus estrofas declara: “Mendoza... tierra del sol y el buen vino...; Mendoza, la de los Andes infinitos...; Mi tierra... la de las dulces mendocinas...; Mendoza, ¡la que acuñó la libertad!”. Inmediatamente después ingresan las reinas al escenario: primero lo hacen la reina y virreina nacional del año anterior, que ahora cederán su trono, y luego ingresan las dieciocho candidatas del año actual que concursarán por un nuevo reinado. Cada una de ellas es presentada por un locutor. A medida que desfilan por el escenario saludando al público se menciona su nombre, características físicas más sobresalientes (estatura, color de ojos y cabello), edad y actividad. La mayoría de ellas tienen entre dieciocho y veintidós años y son estudiantes de alguna carrera universitaria; el 90% son, además, rubias, y muchas poseen ojos claros.¹⁸

En el año 2004 y en el marco de la “Vendimia de los nuevos soles” —tal como se denominó ese año la fiesta—, una vez que las candidatas ingresaban al escenario eran conducidas en un gigante *tacho de uva* empujado por un actor caracterizado como peón rural. Este *tacho* —tal como se los denomina en las fincas y bodegas— imitaba, a gran escala, aquellos que facilitan el traslado de las uvas de la planta a los camiones, que finalmente las llevan a las bodegas. Luego de esta rutina, en la que se intercalan textos “en *off*” y comentarios de los locutores, comienza el espectáculo propiamente dicho. Según la síntesis argumental de la misma autora del guión del año 2004,

[...] este espectáculo vendimial muestra, a la luz de nuevos soles, que la evolución de Mendoza se fundamenta especialmente en la fe en el futuro, en el trabajo como motor de nuestra idiosincrasia, en el ingenio del hombre para enfrentar las adversidades de la naturaleza y en el atractivo turístico de nuestra provincia. Con su energía siempre presente, el Sol se hace testigo y protagonista en nuestros procesos históricos. Un sol dorado despertará guitarras y desatará el agua en los ríos. Un sol naranja se enamorará en las parras. Un sol rojo alumbrará los viñedos que escalan la geografía de Mendoza. Mientras que un sol bordó madurará el tiempo de bodegas. Soles que irán pintando cada grano del vino nuevo. Sumado a esto, el abrazo universal de un Cristo Redentor símbolo de paz, que desde el Ande agiganta su figura en el año de su centenario. Aquí está la Vendimia de Nuevos Soles, soles de una nueva esperanza (Elda Leoz en Fiesta Nacional de la Vendimia, 2004: s. p.).

17 Marcha compuesta por Guillermo y Horacio Pelay (1946).

18 En los primeros años de edición de la Fiesta de la Vendimia, las candidatas al trono eran vendimiadoras.

El Sol es la imagen que guía la fiesta, que comienza con el amanecer y termina con la noche, hacia el final.

El primer cuadro muestra al huarpe “que inauguró el destino de esta tierra y guió el agua para ganarle terreno al desierto”. Aparecen escenas de huarpes trabajando la tierra, predominan los colores tierra y, en la música, se escuchan percusión y quenas. Luego de ese primer cuadro comienzan a aparecer los inmigrantes, cargando bultos y maletas y en una actitud que denota que están descubriendo el lugar donde se afincarán. Traen consigo cepas de su tierra. Los trajes utilizados por bailarines y actores son los que habitualmente se utilizan para caracterizar a los migrantes de principios de siglo: vestidos hasta los tobillos, pañuelos para cubrir el cabello y ropa de trabajo para los hombres. Posteriormente ganan la escena las inclemencias del tiempo que azotan a Mendoza; especial énfasis se pone en el granizo, que año tras año produce grandes pérdidas en la producción y que se representa con juegos de luces y sonidos. Hacia el final se presenta un cuadro en el que productores y peones se hallan juntos, arrodillados frente a la Virgen de la Carrodilla¹⁹ en actitud de súplica. Se entona allí la canción “Virgen de la Carrodilla” de Hilario Cuadros, mientras en forma paralela se representa la rogativa de un peón que suplica a la Virgen que proteja las cosechas “llevándose la piedra al desierto”. En cuanto a la canción que se dirige a la Virgen, en términos generales suplica a la “patrona de los viñedos” y “esperanza de los hijos que han nacido junto al cerro” que proteja y ampare a quienes “han hundido el arado” y “cultivado su suelo”. Luego de la tormenta de granizo, tres colores de vestidos entran en escena: bailarinas de amarillo recrean los tiempos de cosecha a través del uso de tijeras; otras vestidas de naranja trasladan los reclamos de los trabajadores al teatro: “nos pagan con migajas todo el esfuerzo de mi mujer y mis hijos con las tijeras”; y, finalmente, otro grupo de bailarinas con vestidos rojos marcan el aporte de otros migrantes en las labores culturales y en la cosecha. Aquí, chilenos, bolivianos, peruanos y argentinos son representados a través de su música. A diferencia de años anteriores, en 2004 no se recurrió al uso de “trajes típicos” para representar a estos “otros” grupos, como es habitual.

Luego de la cosecha, el vino ingresa como protagonista de la fiesta. Se repasan ahora las distintas formas de elaboración, que van desde las más tradicionales (la pisada de uvas) a las más modernas técnicas de elaboración, que ingresan a Mendoza con la *nueva vitivinicultura*. Luego de la elaboración llega a la fiesta el *tiempo del descorche*, escena en la que los bailarines se mezclan entre el público. Se representan las diversas cepas producidas en Mendoza: Malbec, Cabernet Sauvignon, Merlot, Pinot, Syrah, Tempranillo, Chardonnay y Torrontes.

19 Imagen de la Virgen y el Niño con un grano de uva en la mano. Fue traída en 1776 desde Huesca (España) por la familia Solanilla, quien la nombró protectora de sus viñas. Luego, el fervor hacia la Virgen se extendió al resto de la provincia (Fiesta Nacional de la Vendimia, 2004).

La fiesta termina con un ruego al Cristo Redentor²⁰ —“Bendice a esta tierra prodigio de soles”— para, finalmente, reunir a todos los bailarines en el centro del escenario al compás de un *malambo* de fondo.

Narrativas de la identidad, narrativas en vendimia

Según se desprende del análisis de los guiones de vendimia y de la observación del acto central de 2004, el espectáculo mantiene una estructura básica más o menos uniforme a lo largo del tiempo. En todos los guiones analizados se hallan presentes tres escenas básicas comunes, sobre las que luego se montan algunos elementos de diferenciación. Cada uno de estos momentos queda, a su vez, relacionado con tres grupos sociales que, se considera, han realizado aportes específicos a la producción de vinos: los indígenas primero, los inmigrantes después y luego los mendocinos y cuyanos. Finalmente y también como elemento común, los actores se reintegran y funden en el símbolo del vino.

Respecto de los indígenas, la representación más habitual es la de los huarpes, a quienes se atribuyen las primeras canalizaciones de los ríos cordilleranos que permitieron la irrigación del valle de Huentota. En general tienden a ser representados con trajes típicos que en la mayor parte de las ocasiones se traduce en el uso de la camiseta andina. Luego de esta primera escena los huarpes desaparecen de la fiesta, quedando más bien ligados a antepasados extintos.²¹ Un fragmento del guión “Mendoza, madre de vendimias” (1987) expresa:

En el horizonte cardinal anclaron
El uno en el norte
Sangre herida en el arenal carmesí.
Sembrador de espigas,
Callado alfarero,
Dador de la vida del barro y de la paja
Del tiento y de la lana
Y el otro en la roca,

20 También nombrado Cristo de los Cerros.

21 Antes de la llegada de los conquistadores, los huarpes habitaban dos ecosistemas, los piedemontes y valles (entre ellos el valle de Huentota, hoy ciudad de Mendoza) y el sistema de bañados y lagunas de Guanacache (actual zona de desierto, colindante con la provincia de San Juan). Con la llegada de los españoles, los grupos asentados en el valle se replegaron hacia las lagunas de Guanacache, donde viven hasta la actualidad. Esta zona, que antes producía trigo y pescado, comienza a registrar progresivas disminuciones en los caudales de agua superficial que recibía, como consecuencia de la consolidación del modelo vitivinícola en los oasis (Montaña et al., 2005). En la actualidad solo llegan al sistema aportes hídricos superficiales excepcionales. Aún así, se produce ganadería menor para el mercado interno.

Hermano del cóndor
Cabalgando estrellas de libertad y luz
Y otro fue lava y torrente,
Embrión de fuego
En el silencio astral
Y de río se hizo,
De cauce, pajonal y espuma
El que soñaba océanos (*Una dramaturgia popular mendocina, Fiesta de la Vendimia, guiones*, 2002: 37).

Es llamativo, sin embargo, que luego de esta primera mención los huarpes desaparezcan de la fiesta y que, incluso, en las rogativas que el peón dirige a la Virgen de la Carrodilla en 2004 le suplique que se lleve “la piedra al desierto, alejándola de sus viñedos”. Estos hechos y menciones resultan cuando menos sugerentes si se valora que Mendoza no se halla despoblada de indígenas y que, contrariamente, en el norte provincial, doce comunidades indígenas huarpes encarnan serias luchas por su reconocimiento, al tiempo que litigan la propiedad de las tierras que ocupan. El discurso que se recupera en la Fiesta de la Vendimia, que básicamente omite estas presencias y asocia la idea de desierto a la de *terras nullis*, debe ser leído, sin embargo, en su carácter de dispositivo que refuerza la idea de la extinción indígena consustancial a la consolidación de la nación y que, en el marco de las narrativas referidas al “de dónde venimos”, brinda una imagen del nosotros ciertamente desprovista de elementos que podrían resultar contradictorios respecto de las ideas de progreso que luego se ponen en relieve.

La presencia en la fiesta de los grupos de inmigrantes también resulta común a todos los guiones analizados, y presenta como elemento compartido el hecho de que son representados tanto a través del vestuario como de la música. Es por demás habitual que en este momento del acto hagan su aparición bailarines que personifican a inmigrantes, que usan trajes típicos recreados y que bailan la tarantela. En general son escenas de gran colorido y considerablemente más extensas. Contrastan con la escena anterior y con las posteriores en la vivacidad que se recrea aquí, donde los bailarines son presa de la alegría, la sorpresa y la esperanza. Las escenas que le siguen y anteceden son más calmas y parecen apoyar la imagen de la mansedumbre que se adjudica a los huarpes y del sosiego que se atribuyen a sí mismos los mendocinos.

Con ocasión de la fiesta, la imagen de los inmigrantes se asocia fuertemente a la vitivinicultura. En el relato de vendimia se exalta que estos traen consigo cepas y que a ellas suman su capacidad de trabajo y espíritu visionario. Cabe sin embargo advertir que el modelo vitivinícola tradicional que se consolida en la misma época en la que ingresan los contingentes migratorios vive sucesivas crisis a lo largo del siglo xx y que muchos de los descendientes de esos inmigrantes constituyen en la actualidad pequeños productores que, tras décadas de crisis, no han podido montarse en la nueva vitivinicultura de los 90. En este sentido, es llamativo que en Mendoza

el paisaje de bodegas y campos de vides se salpique de cepas y campos abandonados cuyos propietarios son, en buena medida, hijos de aquellos inmigrantes a quienes se atribuyen las características de trabajadores, visionarios y emprendedores. En contraposición con este discurso, los circuitos más dinámicos del presente, entre los que se encuentran las bodegas que integran la *ruta del vino*²² y las que en mayor proporción acceden a la fiesta, son principalmente las de capitales extranjeros y las de algunos descendientes de inmigrantes que resultaron exitosos.

Finalmente hacen su aparición en el escenario los mendocinos. Desaparecidos los huarpes y afincados en estas tierras los inmigrantes, devienen los mendocinos. En realidad no es claro si estos últimos resultan de la mezcla de huarpes e inmigrantes o si más bien son el producto del definitivo afincamiento de los segundos. Anota el guión “Mendoza, tierra del vino” (2000):

Mendoza, tierra donde convergen los sueños,
 Donde otrora millares de hombres con fe y esperanza
 Llegaron allende los mares,
 Para cobijarse en tus senos
 Y ver en el tiempo crecer a sus hijos,
 Orgullosos de hacerse labriegos (*Una dramaturgia popular mendocina, Fiesta de la Vendimia, guiones, 2003: 73*).

Como elementos característicos, los mendocinos y cuyanos bailan cuecas y gatos y visten como gauchos y chinas, aunque mantienen como elemento distintivo que en sus trajes se representan algunos elementos propios de los trabajadores de la vid (en los hombres, pantalones hasta los tobillos y boinas negras y, en las mujeres, rodetes y pañuelos en lugar de trenzas). En general se trata de grandes cuadros en los que se bailan sucesivas cuecas y gatos, se escuchan algunas tonadas y aparece la infaltable plegaria a la Virgen de la Carrodilla. Todos los elementos que en esta escena aparecen de la mano de los cuyanos o como soporte de identidad de los mendocinos han sido introducidos por la inmigración: las cuecas y gatos tienen este origen y las cepas han sido introducidas por ellos, cuando menos según el discurso que se recupera. Si bien a lo largo de toda la fiesta se realizan alusiones a la identidad de los mendocinos, ganan con más fuerza el escenario en este momento. Recita el guión “Raza de cepas” (1986):

No preguntes quién soy, venimos del mismo fuego.
 Soy el guerrero del surco, el sacerdote del esfuerzo, desde la tiranía seminal
 de la tierra hasta las grietas de mi mano; soy el contratista, el labriego
 anónimo de esta leyenda de cepas.

22 Se trata de un circuito turístico, altamente valorado, que Mendoza ofrece en el mercado turístico nacional e internacional y que consta de un recorrido por sus principales bodegas.

No preguntes quién soy, venimos del mismo fuego, y esa fiesta me pertenece. Esta es mi fiesta porque yo renuevo el milagro de la vida, mi miseria engendra abundancia. Soy el contratista, dignidad de una raíz vital. Y esta fiesta me pertenece...

Ya sabes dónde estoy. En medio de este pan vegetal en hileras, ando buscándole al viento una acequia callada.

Yo, el obrero de un ritual de barro en la noche equinoccial de Mendoza. Y es esta mi tierra. En Mendoza soy multitud y soy yo mismo, porque en ella desmigo el tiempo en palomas y soy uno con su pueblo (*Una dramaturgia popular mendocina, Fiesta de la Vendimia, guiones*, 2002: 29).

Entre los símbolos que se reiteran se destaca el vino, que se presenta claramente como el símbolo dominante del ritual. Si de la mano de Turner (1980) se analizan las características de los símbolos dominantes, se observa que el vino no se presenta solo como un elemento material sino que condensa varios significados en sucesivas escenas estéticas complejas. El vino es el producto tangible del trabajo realizado, pero también es sudor y sangre de quienes han trabajado en su producción, y es, finalmente, un elemento que abre la posibilidad de la trasgresión (la borrachera). El vino es, en definitiva, una metáfora, “medio de fusionar instantáneamente dos reinos separados de la experiencia en una iluminada, icónica, encapsulada imagen” (Turner, 1974: 25).

Por su parte, este elemento se rodea de otros símbolos, ahora instrumentales, que refuerzan y acotan el sentido del primero. En otras palabras, si bien el vino es un elemento que cabalga el filo del orden y el caos, en la vendimia queda claro que no es la trasgresión lo que se festeja sino la cantidad de sudor que integra su producto:

Hoy dejadme en los dedos siderales de un abuelo infinito y transparente. Dejadme ser fiesta y festejar en titánicas bodegas el color del día, para incendiar en cristales las fronteras. Hoy dame la algarabía de alas vegetales con qué liberarme de mi angustia diaria. Yo, que soy el peregrino del sudor, quiero ser vino. Y una constelación de hermanos congregará en la embriaguez del éxtasis. Éxtasis vital del vientre jugoso de las uvas (*Una dramaturgia popular, Fiesta de la Vendimia, guiones*, 2002: 31).

Entre los símbolos instrumentales que se adosan al vino, se destacan la Virgen de la Carrodilla, que está mirando la fiesta; la reina que es su anfitriona; el Sol, la cordillera (el Ande en lenguaje vendimial) y el agua que hace posible el riego de las cepas. Los elementos naturales que ahora ingresan aparecen connotados como benignos, en oposición al amenazador granizo, que ya había emergido.

Como se ha señalado, los grupos sociales que aparecen en escena son los huarpes, inmigrantes y mendocinos y, entre estos últimos, los peones rurales (vendimiadores y vendimiadoras). A estos elementos, recientemente han comenzado a sumarse algunas otras imágenes destinadas a recrear y traer a escena la juventud de

Mendoza. En general, en los casos analizados se lo ha hecho a través de murgas, bandas de rock, motos de enduro y botes de *rafting*. De este modo, de la mano de los jóvenes, Mendoza recuerda a los espectadores que en la última década ha consolidado su posición como destino turístico por sus atractivos naturales.

Ahora bien, respecto del caso de la Virgen de la Carrodilla se observa que con ella no solo entra en escena una imagen religiosa, sino también un ícono del nacionalismo. En muchas oportunidades la Virgen es transportada al escenario por peones rurales recreados, pero es indefectiblemente escoltada por *granaderos*.²³ Así, mediante estos recursos estéticos y enmarcada por estas presencias, se recuerda anualmente que Mendoza fue sitio de sostén de la gesta patriótica sanmartiniana. La Virgen baja de las montañas y se instala en el valle y desde allí *protege pródigamente a sus hijos*. No es ya la imagen de la nación como construcción homogénea la que se recrea, sino la idea de patria que apela a un profundo sentido de pertenencia nacionalista. Por otra parte, la mera presencia de la virgen abre la posibilidad de que, en el reverso, quede descartado todo lo que se aleja de lo católico y de la misma noción de patria, fusión que termina por unir en un mismo haz significativa la idea de una “patria grande y creyente” encarnada en Mendoza:

Mendoza, vivificada
 Por el reloj viñador de marzo
 La Virgen la protege
 Su mirada honda
 El gesto tierno
 El canto de tus hijos
 Te entibia el seno...
 La piedra, mujer, la piedra...
 Ahuyéntela a la maldita
 Hacé la Cruz ‘e Sal
 En nombre de la Trinidad Santísima
 No la dejís que muerda
 la miel de mis racimos nuevos
 No la dejís, mujer,
 Que me desprecee l’ejuerzo...
 Coraje, mi hombre, coraje
 El surco te esperanza, te llama
 Caminemos las hileras, las hijuelas
 Que el mosto tiene gusto

23 El regimiento de Granaderos a Caballo se crea en 1812 a solicitud del entonces teniente coronel San Martín. Fue este regimiento el que acompañó a San Martín en el cruce de la cordillera de los Andes, que partiendo desde Mendoza, permitió la liberación de Chile y Perú.

Y olorcito de esperanza

(*Una dramaturgia popular mendocina, Fiesta de la Vendimia, guiones*, 2002: 43-44 [fragmento del guión “Mendoza, madre de vendimias”, 1987]).

Otra de las imágenes típicas que se recrean con oportunidad de la fiesta es la de los peones rurales. En todos los casos analizados los peones ganan la escena en algún momento del espectáculo, en general acompañados de sus instrumentos de trabajo. Ahora bien, no tanto esta presencia, como la ausencia de otro sector de la industria, resulta verdaderamente llamativa. Siendo la fiesta de la vendimia una *fiesta de todos*, no puede dejar de advertirse que los bodegueros —presentes en las gradas del teatro— se hallan ausentes en el escenario. ¿Cómo explicar semejante ausencia entonces? ¿Se relacionará acaso esta falta con la advertencia de Turner referida a que los rituales son mecanismos que convierten lo obligatorio en deseable?

Desde esta perspectiva de análisis podría inferirse que esta ausencia se debe a que no es necesario convertir la vendimia en algo deseable a los ojos de los bodegueros. Para ellos, buena parte de su valor reside en la extracción de capital que le es inherente en tanto proceso productivo. Sin embargo, frente a quienes sí es urgente e imperioso reforzar la valía de su aporte (no siempre bien remunerado) es frente a los vendimiadores, sin cuya fuerza de trabajo la vendimia no sería posible. De este modo, mediante un ritual se asegura a estos grupos sociales una recompensa que excede lo económico y que, mediante una compensación simbólica, refuerza una misma secuencia. Finalmente, el “pertenecer”, el ser parte y constructor de esa patria grande y creyente y de esa región pujante que es Mendoza, es el principal sentimiento que refuerza la fiesta. Justamente son estas funciones las que generan un fuerte compromiso afectivo en las audiencias, en el sentido de “brindar una identidad gratificante: la alquimia nacionalista convierte cualquier rasgo propio en virtud, el plomo en oro, el nacionalismo [...] en espejo del Narciso” (Villena Fiengo, 2000: 152).

A modo de cierre

A partir de trabajos previos centrados en el análisis de la dinámica territorial de la provincia (Montaña et al., 2005; Torres et al., 2005), se ha señalado que en Mendoza coexisten tres territorios diferenciados: los centrales, los periféricos y las nuevas periferias de la exclusión (Veltz, 1997). Los territorios centrales se integran con los emprendimientos productivos propios de la nueva vitivinicultura y, en buena medida, se asocian a capitales extranjeros, bodegas de vinos finos que se destinan al mercado internacional, tecnología de punta y modernos sistemas de riego y de defensa contra el granizo de altos costos. Además de estos elementos, desde el punto estrictamente espacial, en general estos territorios se emplazan en torno a las zonas altas de las cuencas de los ríos cordilleranos.

Un poco más abajo, en el tramo medio de la cuenca del mismo río, aparecen los territorios periféricos. Hasta hace algunos años, estos territorios y sus actores

fueron los indiscutidos íconos del modelo vitivinícola tradicional y se erigieron en baluarte de la inmigración. En la actualidad, muchos de estos “exitosos emprendimientos del pasado” se han visto traducidos en fincas abandonadas, trabajadores rurales desempleados y vinos de baja calidad enológica que no resultan competitivos en los exigentes mercados ampliados.

Aún más abajo, en las partes más bajas de las cuencas, en particular sobre el curso del río Mendoza, emergen las comunidades huarpes, comunidades que en su versión del pasado reclaman para sí antepasados indígenas y que habitan un gran espacio de desierto. En su gran mayoría, se trata de comunidades domésticas orientadas a la cría de ganado menor que con dificultad satisface las necesidades de reproducción de los grupos, que no poseen dotaciones seguras de agua y que aún no logran que se reconozca su propiedad sobre las tierras que ocupan.

Oportunamente se explicó que, aun a pesar de que la polarización de territorios sea tan profunda en la provincia, el análisis de su dinámica revela que el hecho de que algunas áreas resulten ganadoras (Veltz, 1997) se explica por las pérdidas proporcionales que se registran en otros espacios (Montaña et al., 2005) con los que se establecen relaciones de subordinación funcional. Sin embargo, si la pobreza de algunas regiones se explica por la riqueza de otras, emerge como un tópico relevante pensar qué dispositivos son los que permiten que la sensación o idea de orden se haga presente, aun dentro de un contexto de caos estructural. Al respecto, si bien la coacción física no ha estado ausente en la historia de Mendoza, la Fiesta de la Vendimia abre la posibilidad de considerar una nueva dimensión de análisis que recupera la noción de hegemonía como sutil mecanismo de logro de consenso y consentimiento (Briones, 1998). De acuerdo con esta mirada, la fiesta se constituye en un dispositivo ritualizado que, año tras año, no solo liga el presente con el pasado sino que también reitera los mismos recuerdos y olvidos que estructuran su presente.

Si en otras oportunidades se ha señalado que para la economía provincial hay territorios literalmente excluidos, se advierte ahora que este es un orden —quizá caótico— que resulta reiterado, justificado y hasta sacralizado anualmente.

La vendimia se presenta entonces mucho más que como una fiesta del trabajo: es una oportunidad para recordar el mismo *mito de origen*, en el marco del cual se propicia la rememoración del mismo relato, impregnado de recuerdos y olvidos estratégicos que a la postre se integran en una *identidad mendocina* que recrea la ilusión de lo no fracturado o de lo homogéneo no fisurado. Emerge del análisis que los procesos de construcción de las identidades regionales son parte de procesos de lucha, en el marco de los cuales algunos relatos se ponen en valor aun cuando finalmente se trata de relatos contruidos, atravesados por relaciones de poder y que involucran formas de recordar y olvidar.

En el contexto dado por la Fiesta de la Vendimia y según el relato de sus principales actores, Mendoza queda fuertemente asociada a sus oasis, a la inmigración y lo cuyano, al labriego tesonero, al racional uso de los recursos hídricos, a la Virgen de

la Carrodilla y a los granaderos. Al mismo tiempo, a lo largo del camino se despoja de los signos de atraso que pudieran quedar asociados a presencias o recuerdos indígenas. Sus imágenes más típicas y más valoradas serán las de sudor hecho vino, la de las manos agrietadas por el trabajo en los surcos y la de las espaldas vencidas por el peso de los *tachos*. Y al final del camino estará la vendimia, quizá para recordar el placer que significa trabajar en la cosecha, para renovar anualmente el deseo de algunos de que sus manos se agrieten y sus espaldas se venzan, para resucitar —finalmente— el deseo de igualarse a aquellos labriegos tesoneros y patriotas heroicos que en cada mes de marzo se elevan a la categoría de *santificados en suelo mendocino*.

Bibliografía

- Aguado, José Carlos y Portal, María Ana (1991). “Tiempo, espacio e identidad social”. En: *Alteridades*. Universidad Autónoma Metropolitana, México, Año 1, N.º 2, pp. 31-41.
- Anderson, Benedict (1991). *Imagined Communities; Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso, Londres.
- Bassand, M. (1981). *L'identité régionale*. Giorgi, Saint Saphorin.
- Blázquez, Gustavo (1997). “El Sol de 25 viene asomando. Rituales escolares y construcción de la nación. Un análisis de casos: Córdoba 1995”. En: *Ciencias Sociales*. Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Vol. 1, N.º 1, pp. 11-19.
- Bocco, Adriana (2003). “Reestructuración productiva y flexibilidad laboral en el sector vitivinícola de la provincia de Mendoza”. En: *Anales del 6.º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*. ASET, Buenos Aires. [En línea] <http://www.aset.org.ar/congresos/6/archivosPDF/grupoTematico10/012.pdf>, consulta: febrero de 2006.
- Bragoni, Beatriz (2002). *La agonía de la Argentina criolla. Ensayo de historial política y social, c. 1870*. EDIUNC, Mendoza.
- _____ (1999). *Los hijos de la revolución. Familia, negocios y poder en Mendoza en el siglo XIX*. Taurus, Buenos Aires.
- Briones, Claudia (1998). *La alteridad del cuarto mundo. Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Ediciones del Sol, Buenos Aires.
- Campi, D. y Richard Jorba, R. (2004). “Transformaciones productivas, espaciales y sociales en la Argentina extrapampeana, 1850-1890”. En: *Boletín Americanista*, Barcelona, N.º 54, pp. 35-61.
- Claval, Paul (1978). *Espace et pouvoir*. P.U.F., París.
- Comas D'Argemir, D. (1998). *Antropología económica*. Ariel, Barcelona.
- Fiesta Nacional de la Vendimia (2004). *Programa Acto Central “Vendimia de los nuevos soles”*. Gobierno de Mendoza, Mendoza. Folleto.
- Gago, Alberto (2004). “La economía: de la encomienda a la moderna industria mendocina”. En: Roig, Arturo; Lacoste, Pablo y Satlari, María Cristina (comp.). *Mendoza, cultura y economía*. Caviar Blue, Mendoza, pp. 17-55.
- Geertz, Clifford (1991). *La interpretación de las culturas*. Gedisa, Barcelona.
- Lacoste, Pablo (2004). “La vitivinicultura en Mendoza: implicancias sociales y culturales (1561-2003)”. En: Roig, Arturo; Lacoste, Pablo y Satlari, María Cristina (comp.). *Mendoza, cultura y economía*. Caviar Blue, Mendoza, pp. 59-113.

- Lebedinsky, Viviana (1996). "De mitos, rituales y viajes, un estudio antropológico de la unión industrial argentina". En: *Alteridades. Revista de la Sociedad Argentina de Antropología*, Buenos Aires, Vol. xxi, pp. 49-76.
- Libro de Oro de la Vendimia 1936-1986* (1986). Diario Mendoza, Mendoza.
- Marchionni, Franco (2005). "Fiesta de la Vendimia: historia e identidad de un festejo mendocino". En: *Anales del decimotercer Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina*. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, pp. 1-11.
- Martín, José Francisco (1992). *Estado y empresas: relaciones inestables. Políticas y conformación de una burguesía industrial regional*. EDIUNC, Mendoza.
- Montaña, E. (2003). *Reconversion et Intégration Régionales au coeur du Cône Sud: La Province de Mendoza (Argentine) a l'aube du XXI siècle*. Tesis doctoral de la Université de Paris III-Sorbone Nouvelle, París.
- Montaña, E.; Torres, L.; Abraham, E.; Torres, E. y Pastor, G. (2005). "Los espacios invisibles. Subordinación, marginalidad y exclusión de los territorios no irrigados en las tierras secas de Mendoza, Argentina". En: *Región y Sociedad*. El Colegio de Sonora, México, Vol. xvii, N.º 32, pp. 3-32.
- Moore, Sally y Myerhoff, Barbara (1977). *Secular ritual*. Van Gorcum, Ámsterdam.
- Navarrete, J. F. (2002). "Rasgos de teatralidad en la Fiesta de la Vendimia". En: Pelleretti, O. (ed.). *Imagen del teatro*. Galena-Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, pp. 297-302.
- Oliven, Rubén G. (1999). *Nación y modernidad: la reinención de la identidad gaucha en el Brasil*. EUDEBA, Buenos Aires.
- Prieto, María del Rosario y Abraham, Elena María (1993-1994). "Proceso de ocupación del espacio y uso de los recursos en la vertiente nororiental de los Andes Centrales argentino-chilenos". En: *Cuadernos Geográficos*. Universidad de Granada, N.ºs 22-23, pp. 219-238.
- Prieto, María del Rosario; Dussel, Patricia y Pelagatti, Oriana (2004). "Indios, españoles y mestizos en tiempos de la colonia en Mendoza (siglos XVI, XVII y XVIII)". En: Roig, Arturo; Lacoste, Pablo y Satlari, María Cristina (comp.). *Mendoza, cultura y economía*. Caviar Blue, Mendoza, pp. 49-92.
- Raffestin, Claude (1996). *Réseau et territoires. Significations croisées*. Éditions de l'Aube, París.
- _____ (1981). *Pour une géographie du pouvoir*. LITEC, París.
- Richard Jorba, R. (2004). "¿Echar raíces o hacer la América? Un panorama de la inmigración europea hacia la región vitivinícola argentina y algunos itinerarios económicos en la provincia de Mendoza, 1850-1914". En: Cozzani de Palmada, M. R. (coord.). *Migrations en Argentina II. Cahiers ALHIM*, Saint-Denis, N.º 9, pp. 113-142.
- _____ (2003). "Transformaciones en la región centro-oeste de la Argentina. De un espacio económico binacional a la formación de la economía regional vitivinícola y la integración al mercado nacional: Mendoza y San Juan, 1870-1914". En: *ANDES*. CEPIHA, Salta, N.º 14, pp. 277-311.
- _____ (1998). *Poder, economía y espacio en Mendoza 1850-1900*. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
- _____ (1994). "Transformaciones de un espacio productivo en la etapa de inserción de la Argentina en el capitalismo: Mendoza 1870-1915". En: *Boletín de Estudios Geográficos*. Actas de las VII Jornadas Cuyanas de Geografía, Mendoza, tomo II, pp. 175-185.
- Romagnoli, E. (1997). "Contribuciones para una geografía histórica de Mendoza: industrias inducidas por la fabricación de vino entre 1880 y 1930". En: *Revista de Estudios Regionales*. CEIDER, Mendoza, Vols. 15-16, pp. 53-88.

- Salvatore, R. (1986). "Control de trabajo y discriminación: el sistema de contratistas en Mendoza, 1880-1920". En: *Desarrollo Económico*. IDES, Buenos Aires, Vol. 26, N.º 102, pp. 229-253.
- Santos de Paula (1990). *Usos y costumbres de la Mendoza de ayer y de hoy*. Colección Reseñas Históricas de Mendoza, Mendoza.
- Satlari, María Cristina (2004). "De las reformas borbónicas a la desintegración de Cuyo (c. 1760-1820)". En: Roig, Arturo; Lacoste, Pablo y Satlari, María Cristina (comp.). *Mendoza, cultura y economía*. Caviar Blue, Mendoza, pp. 95-134.
- Torres, Laura; Montaña, Elma; Abraham, Elena; Torres, Eduardo y Pastor, Gabriela (2005). "La utilización de indicadores socio-económicos en el estudio y la lucha contra la desertificación: acuerdos, discrepancias y problemas conceptuales subyacentes". En: *Revista Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*. Institute of Latin American History and Culture, Tel Aviv University, Tel Aviv, Vol. 16, N.º 2, pp. 111-133.
- Turner, Víctor (1980). *La selva de los símbolos*. Siglo XXI, Madrid.
- _____ (1974). *Dramas, Fields and Metaphors. Symbolic Action in Human Society*. Cornell University Press, Ithaca.
- Una dramaturgia popular mendocina, Fiesta de la Vendimia, guiones* (2003). Ediciones Culturales de Mendoza, Gobierno de Mendoza, Mendoza, tomo III.
- _____ (2002). Ediciones Culturales de Mendoza, Gobierno de Mendoza, Mendoza, tomo II.
- Valles, M. S. (2000). *Técnicas cualitativas de investigación social*. Síntesis, Madrid.
- Vejling, L. (2005). *La dirección general del acto central de la Fiesta Nacional de la Vendimia: entre la originalidad y la tradición*. Tesis de licenciatura, Facultad de Educación Elemental y Especial, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
- Veltz, Pierre (1997). *Mondialisation, villes et territoires. L'économie d'archipel*. P. U. F., París.
- Villena Fiengo, Sergio (2000). "Imaginando la nación a través del fútbol: el discurso de la prensa costarricense sobre la hazaña mundialista de Italia 90". En: *Peligro de gol*. Colección Grupos de Trabajo, CLACSO, Buenos Aires.